Master Negative Storage Number

OCI00042.19

El Caballero sin cabeza

Madrid

[1894?]

Reel: 42 Title: 19

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.19

Control Number: ADT-2379
OCLC Number : 29681375
Call Number : W 381.568 H629 v.2 CABA
Title : El Caballero sin cabeza de Valdormido.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CG

BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00042.19

Control Number: ADT-2379
OCLC Number : 29681375
Call Number : W 381.568 H629 v.2 CABA
Title : El Caballero sin cabeza de Valdormido.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1894?]
Format : 32 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9-27-94
Camera Operator: CG

(CUATRO PLIEGOS)

EL CABALLERO SIN CABEZA DE VALDORMIDO

MADRID
Despacho: Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Imprenta de M. Minuesa.—Miguel Servet, 13.

H629 v.2
CABA

EL CABALLERO SIN CABEZA

I

Al anochecer de una de las últimas tardes del mes de Septiembre me dirigía con paso apresurado por uno de los senderos de las altas montañas de Sierra Morena, al sitio denominado de los *Aparecidos,* donde se levantaba un extenso cabañón de la propiedad del tío Saturno, mayoral que venía sirviendo á mi abuelo, á mi padre, y últimamente á mí, que ejercía las veces del autor de mis días, á la sazón emigrado en Francia por cuestiones políticas.

Por diferentes puntos de la sierra descendían al mismo tiempo que yo unos cuantos pastores, que llevaban por delante grandes rebaños de hermosas ovejas, blancas como la nieve, resguardadas por corpulentos y terribles mastines, que llevaban al cuello grandes collares de cuero sin curtir, erizados de agudas carlancas.

El anciano y respetable tío Saturno hacía rato que permanecía en la puerta del cabañón mirando con ansiedad á uno y otro lado de la sierra, con la mano puesta sobre la frente, á guisa de pantalla, para resguardar la vista de los rayos del sol, con el objeto de descubrirme, puesto que mi tardanza le tenía sumamente cuidadoso.

Apenas me divisó en lo alto de una de las montañas que circundan la explanada de los *Aparecidos,* me salió al encuentro, dando muestras de la mayor alegría, mientras yo me interné por un estrechísimo sendero que se iba abriendo

paulatinamente hasta desembocar en la planicie donde estaba asentado el cabañón.

Me abrazó cariñosamente, diciéndome lo mucho que había sufrido con mi tardanza, y yo le tranquilicé disculpándome con mi decidida afición á la caza, que aquel día había sido fecunda en peripecias, al mismo tiempo que le presentaba unas cuantas perdices y conejos, mientras nos dirigíamos al interior de la casa.

Mientras el tío Saturno me quitaba los arreos de caza, yo arrimé en un rincón de la cocina mi escopeta de dos cañones; y cuando me disponía á relatarle cuanto hiciera durante el día, los dos mastines, que estaban tendidos delante de la chimenea al amor de la lumbre, se levantaron á un tiempo, como movidos por un resorte, y salieron á escape á la explanada ladrando desaforadamente.

El tío Saturno y yo nos dirigimos á la entrada, deseosos de averiguar la causa que motivaba aquel aviso que nos daban los perros.

Casi al mismo tiempo divisamos á lo lejos, y en la parte más alta de la sierra, por el lado opuesto de donde yo había venido, la silueta de un hombre que, saltando de peña en peña y de pico en pico con una fuerza y una agilidad pasmosa, trataba sin duda de ganar la explanada antes de que cerrase la noche.

El tío Saturno recogió los perros, los ató, imponiéndoles silencio, y encendió dos grandes candiles, que colgó en la chimenea, sin duda para examinar al hombre que se dirigía á la cabaña.

Mientras tanto, los pastores confeccionaban la cena, después de haber encerrado en los corrales los rebaños encomendados á su cuidado.

Por esta parte, como por los costados de la casa, no había que tener cuidado á los merodeadores ni á los lobos, pues estaba defendida por unos altísimos picachos, á los cuales era imposible ascender.

Apenas hacía un cuarto de hora que nos habíamos metido en la cocina, sentimos una voz fuerte y enérgica que decía:

—¿Me hacen Uds. el favor de darme hospitalidad por esta noche, pagando lo que fuere menester?

II

El tío Saturno salió al encuentro del desconocido, diciéndole:

—Mi casa está á la disposición del que la necesita, y ni por esta noche, ni por unas cuantas semanas, tenéis que pensar más que en comer y beber; por lo tanto, guardad vuestro dinero para mejor ocasión.

—Esperaba esa respuesta; pues aunque yo no os conozco, pregonan vuestra fama de honrado y caritativo todos los pastores de la sierra en treinta leguas á la redonda.

—Favor que me hacen mis compañeros—dijo el tío Saturno;—pero pase Ud., buen hombre, que las noches están ya muy frías, y aquí hace un airecillo que corta.

—Gracias; y con su permiso—dijo el hombre penetrando en la cocina.

Yo estaba de pie, apoyado en una silla, esperando con curiosidad su presencia, pues me había llamado la atención la manera de expresarse, desusada por completo en la sierra.

Penetró en la cocina seguido del tío Saturno, y al fijarse en mí, me saludó cortésmente, de esa manera que saludan los hombres que han recibido una educación exquisita.

Era éste un hombre pequeño, fuerte, ancho de hombros, levantado de pecho, como de cincuenta años, con cabellos canos, largo bigote, ojos grandes, negros, terribles, de mirada que la contrariedad del espíritu la hacía aparecer torva, dura, malévola; moreno hasta parecer bronceado, con ese moreno que deja conocer á primera vista que más que el color natural, es el curtimiento de la piel á causa del sufrimiento de la intemperie de día, de noche, á todas horas; vestido de una manera rara, con un levitón viejo, camisa no muy limpia ni muy fina, gran corbata de tela ordinaria, cha-

leco grande, verdoso; pantalón largo, remangado, y alpargatas en los pies, desnudos; sobre el hombro, un garrote, en el garrote un morral casi vacío, es decir, muy poco voluminoso, y por lo que antes le vimos, al saltar de peña en peña, revelaba una agilidad y una fuerza un tanto inverosímiles, teniendo en cuenta la edad que representaba.

Arrojó á un lado el morral y el garrote; se quitó de la cabeza una gorra de piel de conejo que le cubría las orejas, é invitándonos á que tomáramos asiento, lo hizo después con gran desenvoltura.

Todos guardamos silencio, y después de algunos minutos, el tío Saturno dijo, por decir algo:

—¿De dónde bueno, amigo? Esto sin que sea indiscreción, porque siéndolo, tenedlo por no preguntado.

—No puedo responderos afirmativamente, puesto que yo mismo lo ignoro; pero como me consta que estoy en una casa honrada, y que sus individuos son incapaces de cometer una felonía, les diré con franqueza que soy emigrado.

Al oir esta frase me levanté lleno de ansiedad, y le pregunté indiscretamente al desconocido:

—¿Por ventura es Ud. amigo de mi padre?

—No puedo contestaros, joven, porque no sé de quién se trata; pero en cambio le daré el consejo de que reserve su nombre á mí y á todo el mundo hasta que se confirme que es un hecho la anunciada amnistía; por lo tanto, ocupémonos solamente de mí, pues yo sé muy bien la responsabilidad que asumo, y dejemos á mis compañeros, tranquilos en el sitio adonde los hayan llevado sus desdichas.

Empezaré diciendo que yo soy uno de los que tomaron parte en la conspiración para proclamar la república en Cataluña el año 1827, y al fracasar aquella descabellada intentona, fuimos presos muchos de los que tomamos parte en ella; ajusticiaron á los unos, á otros se les echó á presidio, no á los menos culpables, sino á los que contaron con alguna influencia cerca del rey. Uno de los individuos de mi familia, por la primera y única vez en su vida, cumplió con su deber, y presentándose al rey, le dijo:

«—Señor, algunos insensatos, algunos desgraciados, que

no merecen el nombre de españoles; algunos traidores, en fin, indignos del paternal amor con que Vuestra Majestad ampara á sus leales vasallos, han osado rebelarse contra Vuestra Majestad, proclamando esa invención maldita de la más infernal de las soberbias, que llaman república; cien vidas que tuviera cada uno de esos malvados, de esos hijos espurios de la patria, no bastarían para pagar su crimen, y, sin embargo, señor, contra mi voluntad, contra el acrisolado é inextinguible amor que profeso á Vuestra Majestad, me arrojo á sus pies, pidiéndole gracia para uno de esos miserables.»

En resumen, y gracias á los esfuerzos de todo género de mi pariente, se me sentenció á muerte, se consultó mi indulto y se conmutó la pena en diez años de presidio con retención; es decir, en cadena perpetua, en los presidios de Africa. Se obtuvo todavía una nueva gracia: que permaneciese en la Península en el arsenal del Ferrol; pero no pudo conseguirse que fuese rebajado de los trabajos. Mi pariente, aunque estaba irritadísimo, me remitía mensualmente cincuenta duros, que me eran entregados por el Comandante.

Gracias á este dinero pude tener de mi parte á los capataces, obteniendo alguna laxitud en lo material de mi condena, y un día dispensé á mi pariente de aquel sacrificio pecuniario, porque entrecogí al capataz que me acompañaba, le até y amordacé, y tomando las de Villadiego, desaparecí, sin dejar el menor rastro de mi persona.

Cuatro años he estado perdido, sin que nadie me haya visto el semblante.

¿Cómo y dónde? Voy á decirlo, y así entretendremos la velada.

En aquel momento apareció uno de los pastores, diciendo:

—Nostramo, la cena está á punto, y sería una lástima que se enfriase.

—Vamos á la mesa—dijo el tío Saturno, levantándose.

—Pues por mí no quede—añadió el emigrado,—porque tengo un hambre devoradora.

Yo los seguí, no de muy buena gana, pues hubiera prefe-

rido seguir escuchando la historia de aquel hombre extraordinario.

III

Nuestro huésped hizo honor á la caldereta, que estaba condimentada de mano maestra, salpicando los tasajos de cuando en cuando con buenos tragos de vino. Terminada la cena, que él calificó de opíparo banquete, le ofrecí un cigarro puro que se fumó con verdadera fruición. Entre tanto yo demostraba mi impaciencia al tío Saturno, dándole sendos pisotones por debajo de la mesa, demostrándole de este modo mi impaciencia para que nos volviéramos á la cocina.

Cuando el tío Saturno concluyó de fumar un enorme cigarro que había confeccionado con tabaco negro en un papel del tamaño de una sábana, pronunció la palabra sacramental de «á dormir todo el mundo», y los pastores desaparecieron, después de quitar la mesa y cerrar y atrancar la puerta de entrada.

Volvimos á la cocina; ocupamos nuestros respectivos asientos, y el emigrado continuó su narración de esta manera:

—Prófugo y fugitivo, emprendí una vertiginosa carrera, respirando con delicia el ambiente de la libertad, y á poco comprendí que dejaba impresa en la arena húmeda la huella de mis plantas, puesto que corría por las orillas del mar.

Abandoné aquel camino, que podía ser causa de mi perdición; y fijándome en unos montes que se veían en lontananza, me dirigí á ellos, donde llegué sin tropiezo alguno ya bien entrada la noche; dos días después me encontraba á muchas leguas del Ferrol, y metido en un espeso bosque, cuya terminación daba en un caminejo vecinal que servía para poner en comunicación á los habitantes de la aldea próxima con el pueblo inmediato, distante unas cuatro leguas.

A un lado y otro del camino se extendían fructíferas tierras sembradas de trigo, y olivares; un poco más allá serpen-

teaba un arroyo con honores de riachuelo, cuyas orillas estaban cubiertas de alta y espesísima maleza.

Se pasaba un puente de madera en estado tan deplorable, que era muy fácil se hundiese, no solamente á la primera crecida de las aguas, sino al continuo paso de las caballerías al trasladar los granos y frutas al mercado próximo.

Al otro lado de este paso se extendía un inmenso valle, tan fértil, tan productivo, que allí se criaba toda clase de semillas, árboles frutales y cuanto pueda imaginarse, con tanta lozanía como poco trabajo por parte de sus propietarios.

Un tiro de bala, poco más ó menos de este oasis, se extendía una pequeña aldea, compuesta de preciosas y blancas casas, muy limpia, compuesta de calles estrechas, que yo denominaré, porque así me conviene, con el nombre de Valdormido.

Desde luego me encantó el país, y sobre todo el bosque, donde podía permanecer oculto sin temor á delaciones, que ya tendría yo buen cuidado de evitar.

Durante los dos primeros meses me ocupé en construir, como los indios, una casa entre dos árboles, oculta perfectamente, entre las ramas de los mismos, en lo más inaccesible del bosque, que me resguardase del frío y de la lluvia durante el invierno.

Hice una regular provisión de semillas y frutas secas; construí multitud de lazos para perdices y conejos, que coloqué en las veredas del inmenso bosque; y asegurada hasta cierto punto mi subsistencia, me entró la curiosidad de conocer los usos y costumbres de los aldeanos, consiguiéndolo con un eterno espionaje y enterándome de conversaciones que nadie creía pudieran ser sorprendidas por oídos indiscretos.

IV

La tranquilidad del valle y el carácter especial de sus moradores, descendientes en línea recta de los árabes, de quienes heredaron la indolencia y la molicie, han sido causa de

que denomine, al primero, Valdormido, y á los segundos, los *dormilones*, bajo cuyo nombre son conocidos veinte leguas á la redonda; además, respírase en todo el contorno un ambiente soporífero, efecto sin duda del aroma de las plantas, que se desarrollan de un modo tan notable que llama la atención del viajero, si por acaso alguno tuviese la curiosidad de visitarlo. Pero entre sus habitantes no falta quien atribuya á brujería esta indolencia, implantada por un famosísimo encantador, contemporáneo de los primeros árabes que tomaron posesión del productivo valle. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los *dormilones* son los más grandes visionarios del universo, pues creen á puño cerrado en todo lo maravilloso y sobrenatural; por cualquier parte ven duendes y aparecidos, y á lo mejor se quedan con la boca abierta escuchando melodías aéreas y cánticos misteriosos, sólo escuchados por su calenturienta imaginación. Aún hay más: Valdormido y sus cercanías son, á lo que ellos dicen, lugar tan frecuentado de los espíritus, y el pedazo de cielo que los cubre, tan fecundo en meteoros y estrellas con cola y errantes, como nadie puede imaginarse.

El que parece caudillo de todos estos fantasmas es un caballero sin cabeza, soldado cristiano, que cuando la tenía, la perdió en una batalla contra los moros, cuyo nombre se ignora, durante la guerra de la conquista. Los labriegos juran que de vez en cuando suelen verlo en la obscuridad de la noche, corriendo á caballo, más ligero que el viento, por montes y llanos; pero el sitio que más frecuenta, según dicen, es la ermita enclavada en una alta montaña, á la derecha del valle, por cuyo motivo, añaden ciertos cronistas de buena fe y que han investigado con celo digno de mejor causa el origen de las correrías del caballero decapitado, que habiendo recibido sepultura en el cementerio inmediato á la citada capilla, sale todas las noches de su hoyo y se dirige al campo de batalla en busca de su cabeza; y que si va con tanta rapidez como un torbellino, es porque no quiere que le sorprenda la aurora fuera de su casa, ó, mejor dicho, de su sepultura, donde permanece durante el día y de donde no se aventura á salir sino muy entrada la noche.

Esta leyenda sin duda es la que ha dado pie y fundamento á tantas historias, á cual más maravillosas, entre los sencillos y naturales habitantes del valle, los cuales denominan al fantasma que he descrito *El Caballero sin cabeza*. Pero, ¡cosa singular!, la inclinación á todo lo maravilloso, de que ya he hablado, no se circunscribe sólo á los hijos del país, sino que, con muy raras excepciones, se extiende á cuantas personas viven por algún tiempo en él, y que sin darse cuenta de ello, absorben aquella atmósfera, merced á lo cual, por incrédulos que hayan sido, al cabo de pocos días de respirar el ambiente mágico que circula por el aire, se tornan tan visionarios, sueñan tanto con los ojos abiertos, y creen tan á pie juntillas tener siempre á la vista espectros y brujas, que se les tomaría por rabiosos fumadores de opio, y no los conocería la madre que los parió.

Como Uds. comprenderán, esta parte de nuestro país es digna de estudio, mucho más si se tiene en cuenta que las costumbres y los trajes permanecen *in statu quo*, y todas las mejoras, mudanzas y adelantos que trae consigo la civilización, que tan rápidos progresos realiza diariamente en todas las partes del mundo, pasan sin entrar por las puertas de Valdormido. De manera que el valle parece más bien uno de esos remansos de agua que hay junto á los torrentes, y en los cuales puede una pluma permanecer inmóvil á pesar de la rapidez é impetuosidad de la corriente á cuyo lado está. Así es tan cierto lo que digo, como tengo la seguridad de que si algún día vuelvo á Valdormido, espero hallarlo al cabo de muchos años de ausencia con los mismísimos árboles, las mismas plantas y familias que he dejado.

V

En esta aldea se había establecido, hará cosa de unos veinte años, un dómine oriundo de una ciudad de Andalucía, que, según parece, provee de maestros de escuela y destripaterrones á los pueblos y villas de toda la provincia, cul-

tivadores de la inteligencia y de la tierra. Llamábase el tal D. Simeón, alto y tan delgado, que parecía materialmente una grulla, no sólo por sus piernas largas y delgadas, sino por lo estrecho, lo huesudo y largo de sus dedos, cuya mano parecía un manojo de sarmientos; cabeza deprimida por la frente, ojos tan verdes como el vidrio, y larga nariz como el pico de una grulla. A causa de todo esto, al verle bajar por las colinas, con la levita flotando sobre el caparazón, más de uno lo hubiera tomado por la representación del hambre descendiendo al valle.

La escuela de D. Simeón ó del tío Canuto, pues éste era su apodo, constaba de un salón, compuesto de cuatro paredes lisas con dos huecos de ventanas, cuyos cristales casi todos estaban rotos y remendados con pedazos de papel impreso. En cuanto al sitio, era el peor y más solitario de la aldea; pero esto quedaba hasta cierto punto recompensado con la barrizada de poesía que le prestaba el sucio arroyuelo que corría junto á la puerta y el árbol gigantesco y copudo que casi cubría por entero con sus ramas aquel picadero de cerriles inteligencias; á mucha distancia del cual, ya se percibía el murmullo vago y confuso de los estudiantes, algún que otro grito del maestro y el chasquido de la feroz disciplina al caer como el rayo sobre las espaldas de los rezagados en el camino de la ciencia. Será conveniente advertir que el tío Canuto era fervorosísimo partidario de aquella célebre máxima que dice: *la letra con sangre entra*, para que no se extrañe que los pobres chicos tuvieran siempre más cardenales que todo el Sacro Colegio Romano. No crean Uds. por esto que fuera uno de esos dómines endiablados, cuyo carácter brutal halla deleite en martirizar á los niños; no, señor; que su modo de administrar justicia más era razonable que severo, porque á los débiles los trataba con indulgencia suma, al contrario que á los zánganos, robustos y fuertes, á quienes daba cada latigazo cuando los cogía en falta, que los ponía como brevas, por aquello de: *A burro lerdo, arriero loco.* «Cuando seáis hombres—decía con acento airado—me agradeceréis estos palos.» Luego que la clase concluía, puesto en medio de los chicos, siguiendo sin duda el precepto de

Esopo, jugaba con ellos, y los días de fiesta él mismo llevaba de las manos hasta sus casas á los más pequeños, dando empero la preferencia á los que tenían hermanas guapas y mamás cuyas despensas estuviesen bien provistas.

Verdaderamente lo que producía la escuela era cosa tan insignificante, que no le hubiera bastado para comer, á él, que tenía tan buen diente; pero gracias á la costumbre, se mantenía á costa de los labradores cuyos hijos civilizaba; y así una semana con una familia, otra con otra, iba el pobre del tío Canuto trampeando el plato y sacando adelante su pobre estómago. No obstante, para no ser muy gravoso á sus rústicos huéspedes, que á fuer de buenos campesinos calificaban los gastos de una escuela de onerosísimos y al maestro de gorrón, el tío Canuto se hacía útil y agradable de muy diversos modos, porque tan pronto los ayudaba á esparcir el heno para secarlo, como limpiaba las veredas, como trillaba; iba al pilón con los caballos, y al prado con las vacas, y hacía rajas de leña para encender el hogar. Más aún: deponía su dignidad de dómine hasta el extremo de pasear en brazos á los niños de pecho y de inventar mil expedientes á cual más ingeniosos para distraerlos y acallarlos cuando lloraban; esto, naturalmente, le ganaba el corazón de sus madres y las predisponía en favor suyo para que añadiesen algún extraordinario á su plato.

Además de las asignaturas dichas, tenía clase de canto, por cuyo extraordinario servicio allegaba algunos realejos; y era cosa de verse su entrada en la iglesia los domingos, á la cabeza de los mozos del lugar, y más aún de oirse siquiera un par de coplas místicas, cantadas por aquel coro, cuyas voces dominaba la descomunal del maestro. Merced á esta serie de combinaciones ingeniosas, el digno pedagogo lo pasaba muy regular, por lo cual decían sus vecinos, poco familiarizados con los trabajos del espíritu, que la vida del tío Canuto era por demás envidiable. Y hasta cierto punto lo era, porque generalmente gozan en las aldeas los maestros de escuela de mucha reputación, y más todavía entre las mujeres, que los consideran como personas de mejor crianza y más finura que no los mozos del pueblo, siendo para ellas

sólo superior ó igual al maestro el señor cura; y así es que cuando uno ú otro van á merendar á sus casas, producen la sensación consiguiente, poniéndolas en el caso de agregar algunas tortas á lo de costumbre y de lucir los trebejos de los días de fiesta, que no salen á luz sino cuando repican gordo. Las mozuelas les prodigan su más amable sonrisa, y luego, los domingos, con cuánta alegría juegan con ellos, mientras los tímidos campesinos se quedan rezagados, envidiando su elocuencia, sus gracias, sus buenas maneras, y sobre todo la facilidad con que se expresan.

VI

Pues, como iba diciendo, el tío Canuto, con su continuo ir de acá para allá, y con esto de pasar una semana en casa de mengano y otra en casa de zutano, era la gacetilla de aquellos contornos, y no sucedía cosa, por más oculta y de puertas adentro que pasara, que él no la supiese; razón por la cual siempre lo recibían las curiosas comadres de la vecindad más risueñas que unas pascuas. Tenía también fama de erudito, y en esto, hasta cierto punto, no mentían, porque había leído algunos libros casi del todo, y sabía de memoria la historia de las brujas de Inglaterra, á la cual, á pesar de no tener pelo de tonto, daba entero crédito, porque sus tragaderas eran tales en el capítulo de superstición, que como si fueran artículos de fe, creía todas cuantas diabluras se atribuyen á la fementida canalla de los fantasmas, aparecidos, brujas, duendes y encantadores. Ni podía tampoco menos de ser así; porque además de vivir en una tierra cuyo ambiente solo predispone á creer en todo linaje de patrañas, y además de su natural inclinación á ellas, se la fomentaba leyendo las horas muertas, tendido á la larga á orillas de un arroyuelo, en la endiablada historia del Marqués de Villena, á quien Dios haya perdonado. Pero no era esto lo peor, sino que cuando llegaba la noche, y con ella la obscuridad, comenzaban á surtirle efecto en el cerebro los enredos que

había leído por el día, y entonces lo asustaba y ponía en fuga el ruido más inocente y leve que percibiese; el canto de las ranas, el vuelo de un pajarillo, un gusano de luz, bastaban y sobraban entonces para dar al traste con su corazón; y si le pasaba rozando por la cara un coleóptero, ya se creía envuelto por una legión de diablos, para ahuyentar á los cuales entonaba salmos con toda la fuerza de sus pulmones, aconteciendo más de una vez que al oir la canturia repetida por los ecos de las montañas vecinas, los tímidos hijos de Valdormido se quedaban mudos de terror y sin acción para maldita la cosa.

Uno de sus más grandes placeres era pasar las eternas veladas de invierno en compañía de unas cuantas vetustas campesinas, que, mientras hilaban al amor de la lumbre, referían historias del género de las del Marqués de Villena, y de todas, la de *El Caballero sin cabeza* era la más de su agrado. Por supuesto, él á su vez perdía la brújula hablándoles de brujerías y de música celestial, llenándolas de miedo cuando tocaba al punto de las apariciones, de los cometas con cola de fuego, de los aerolitos, y de que pasamos, sin darnos cuenta de ello, la mitad del tiempo con la cabeza para abajo y los pies para arriba.

Pero ¡qué caro pagaba el gusto de contar semejantes patrañas! Porque ¿cuántas veces no le sucedió, al volver á su casa, ver miles de visiones por el camino? ¿Y cuántas no tembló, quedándose con la lengua pegada al paladar, al aspecto de un árbol que deshojado y cubierto de gusanos de luz, se le antojaba un fantasma dispuesto á roerle hasta los zancajos? ¿Y cuántas no se le erizó el cabello al oir el ruido de sus propias pisadas en la vereda? Entonces sí que aun cuando le hubiera valido la salvación, no habría vuelto la cabeza por no darse de narices con un alma en pena. Pues ¿y cuando una ráfaga de viento pasaba por entre árboles y arbustos, haciendo crujir con violencia sus ramas secas? Era el caballero de marras, que, rápido como una flecha, iba ó venía de la sepultura al campo de batalla. Luego llegaba el día, y el terror y los sobresaltos se iban con la noche, Dios sabe dónde, para volver á la siguiente con más insistencia. A

pesar de todo esto hubiera sido el pobre bastante feliz si no se le hubiera puesto en medio del camino de su vida un ser mil veces más peligroso para los hombres que cuantos duendes y encantadores haya: creo que Uds. adivinarán que era una mujer.

VII

Es el caso y la cosa que entre los discípulos de canto que se reunían semanalmente en su casa, concurría una chica llamada Catalina, hija única del más rico propietario de la aldea, que tenía su casa, tierras é inmensa labor á un cuarto de legua, pasado el puente del riachuelo; y tenía la doncella, por añadidura de sus diez y ocho años, una cara tan bonita, unos ojos tan negros y vivos, una boca tan risueña, un cutis tan fino y blanco, y un cuerpo y una riqueza de formas, que habrían sido capaces de hacer perder los estribos al mejor jinete; y precisamente el tío Canuto, en el capítulo de las mujeres bonitas, era el peor jinete que se ha conocido. Pues agréguese á lo dicho la gracia con que Catalina se ponía las cosas, y especialmente las flores en la cabeza, con lo cual daba más realce á sus encantos personales, y se comprenderá mejor lo que sentiría nuestro dómine en el corazón y la cabeza cada vez que se le presentaba delante. ¿Qué impresión le quedaría, concluída la academia, y qué no pasaría nuestro hombre pensando y cavilando en ella noche y día? Por supuesto que el tío Canuto, por aquello de que por la peana se adora al santo, visitaba con frecuencia á su padre, que era el tipo del labrador contento y feliz; su pensamiento no salía nunca de los límites de su vasta hacienda, que cuidaba con extremo y la tenía tan bien ordenada como la casa y demás dependencias.

La habitación estaba construída á poca distancia del caminejo vecinal, en un paraje tan pintoresco, fértil y alegre, que más parecía un pedazo de cielo que de Valdormido. Un árbol majestuoso, colosal, la cubría con sus ramas, y un pequeño arroyuelo regaba con sus cristalinas aguas el jardín y

la huerta; un poco más lejos se levantaban el pajar, las cuadras y los establos, cuyos tejados nunca se veían libres de palomas, y por los llanos andaban piaras de carneros y de cerdos y bandos de pavos, gansos y gallinas. Agua se le hacía la boca á nuestro pedagogo al contemplar tanta riqueza y abundancia, despertándole á veces este cuadro de tal modo la gula, que se figuraba ver corriendo á los marranillos hechos unos cochifritos, á los pichones sepultados en pasteles y á los gansos nadando en su propia grasa.

Digería el tío Canuto tan gastronómicas imaginaciones, paseando la vista por los prados, los trigos y la hermosa arboleda que cerraba la finca, y le latía con violencia extraordinaria el corazón al pensar en la heredera de tan rica propiedad, la cual, en siendo suya, la vendería para comprar un inmenso cortijo próximo á la capital, y á la que ya se figuraba trasladarse, rodeado de media docena de chiquillos, en un carro lleno de utensilios de labranza con él al estribo y las personas de su confianza dándoles escolta en santa paz y temor de Dios.

No había influído poco también á predisponerlo en favor de Catalina, además de sus buenas prendas y de la añadidura de la extensa finca, las comodidades y desahogo de la casa de su padre. Era ésta espaciosa y estaba amueblada con suma sencillez; sus piezas principales las constituían una espaciosa galería, en la que se guardaban por la noche los aperos de labor; una pieza interior, residencia habitual de la familia, donde, en grandes aparadores de roble, campeaba la batería de cocina, reluciente como el oro, adornando las paredes sartas de pimientos colorados, mazorcas de maíz, uvas, peras y manzanas, y en grandes espuertas de esparto crudo, castañas, almendras y nueces; un espacioso comedor con vistas al jardín, alcobas para la familia y criadas, y, finalmente, un salón con sillones de caoba, profunda y alta chimenea, flanqueada por dos reposteros con vajilla de china, y cubiertos, bandejas y algunas jarras de plata.

pasar de [illegible]
se le hubiera puesto en medio del [illegible]
mil veces más peligroso para los hombres que cuantos duendes y encantadores haya: creo que Uds. adivinarán que era una mujer.

VII

Es el caso y la cosa que entre los discípulos de canto que se reunían semanalmente en su casa, concurría una chica llamada Catalina, hija única del más rico propietario de la aldea, que tenía su casa, tierras é inmensa labor á un cuarto de legua, pasado el puente del riachuelo; y tenía la doncella, por añadidura de sus diez y ocho años, una cara tan bonita, unos ojos tan negros y vivos, una boca tan risueña, un cutis tan fino y blanco, y un cuerpo y una riqueza de formas, que habrían sido capaces de hacer perder los estribos al mejor jinete; y precisamente el tío Canuto, en el capítulo de las mujeres bonitas, era el peor jinete que se ha conocido. Pues agréguese á lo dicho la gracia con que Catalina se ponía las cosas, y especialmente las flores en la cabeza, con lo cual daba más realce á sus encantos personales, y se comprenderá mejor lo que sentiría nuestro dómine en el corazón y la cabeza cada vez que se le presentaba delante. ¿Qué impresión le quedaría, concluída la academia, y qué no pasaría nuestro hombre pensando y cavilando en ella noche y día? Por supuesto que el tío Canuto, por aquello de que por la peana se adora al santo, visitaba con frecuencia á su padre, que era el tipo del labrador contento y feliz; su pensamiento no salía nunca de los límites de su vasta hacienda, que cuidaba con extremo y la tenía tan bien ordenada como la casa y demás dependencias.

La habitación estaba construída á poca distancia del caminejo vecinal, en un paraje tan pintoresco, fértil y alegre, que más parecía un pedazo de cielo que de Valdormido. Un árbol majestuoso, colosal, la cubría con sus ramas, y un pequeño arroyuelo regaba con sus cristalinas aguas el jardín y

la huerta; un poco más lejos se levantaban el pajar, las cuadras y los establos, cuyos tejados nunca se veían libres de palomas, y por los llanos andaban piaras de carneros y de cerdos y bandos de pavos, gansos y gallinas. Agua se le hacía la boca á nuestro pedagogo al contemplar tanta riqueza y abundancia, despertándole á veces este cuadro de tal modo la gula, que se figuraba ver corriendo á los marranillos hechos unos cochifritos, á los pichones sepultados en pasteles y á los gansos nadando en su propia grasa.

Digería el tío Canuto tan gastronómicas imaginaciones, paseando la vista por los prados, los trigos y la hermosa arboleda que cerraba la finca, y le latía con violencia extraordinaria el corazón al pensar en la heredera de tan rica propiedad, la cual, en siendo suya, la vendería para comprar un inmenso cortijo próximo á la capital, y á la que ya se figuraba trasladarse, rodeado de media docena de chiquillos, en un carro lleno de utensilios de labranza con él al estribo y las personas de su confianza dándoles escolta en santa paz y temor de Dios.

No había influído poco también á predisponerlo en favor de Catalina, además de sus buenas prendas y de la añadidura de la extensa finca, las comodidades y desahogo de la casa de su padre. Era ésta espaciosa y estaba amueblada con suma sencillez; sus piezas principales las constituían una espaciosa galería, en la que se guardaban por la noche los aperos de labor; una pieza interior, residencia habitual de la familia, donde, en grandes aparadores de roble, campeaba la batería de cocina, reluciente como el oro, adornando las paredes sartas de pimientos colorados, mazorcas de maíz, uvas, peras y manzanas, y en grandes espuertas de esparto crudo, castañas, almendras y nueces; un espacioso comedor con vistas al jardín, alcobas para la familia y criadas, y, finalmente, un salón con sillones de caoba, profunda y alta chimenea, flanqueada por dos reposteros con vajilla de china, y cubiertos, bandejas y algunas jarras de plata.

VIII

En vista de todas estas cosas, la paz desapareció del pecho del tío Canuto; y convencido de que si no ganaba primero el corazón y luego la mano de Catalina, ni había pavos rellenos ni gansos en salsa de achicorias, ni finca, ni mucho menos casa grande y buena cama, se propuso, poniendo á contribución las potencias de su alma, resolver tan peliagudo problema y despejar tan dulce ó tan terrible incógnita.

Y en verdad que la cosa presentaba más dificultades que cuantas, allá en tiempos del rey que rabió, solían arrostrar los nunca bastantemente ponderados caballeros andantes para librar de manos de los encantadores, gigantes ó dragones, á la señora de sus pensamientos, cuando gemía prisionera en el calabozo más obscuro de un castillo. Porque por recias que fuesen las armaduras, las puertas y cerrojos que tuviesen que hundir ó derribar, daban término á tales empresas con más facilidad que hoy se troncha un junco; y como luego, para coronar dignamente la aventura, la dama rescatada premiaba con su blanca mano al caballero, la cosa marchaba por el estilo de las comedias de nuestros tiempos.

Pero en Valdormido se hilaba más delgado. El maestro tenía que captarse y fijar el veleidoso corazón de una coqueta de primera clase, tan exigente como caprichosa, y que contrariar, combatir y deshacer los proyectos de una porción de patanes, grandes admiradores de la peregrina hermosura de la zagala, que la sitiaban, al propio tiempo que se vigilaban mutuamente, y que estaban dispuestos á coligarse para ahuyentar á coces, si era necesario, al primer intruso que no hubiera nacido en la aldea.

De todos ellos, el más bruto era un mozo llamado Caralampio, grande, robusto, de grandes fuerzas, conocido por el apodo de Cureña. Montaba á caballo como un indio, corría como cuatro, era el primero en las riñas de gallos, había logrado á fuerza de golpes adquirir cierta influencia moral y física entre sus compañeros, lo que no le había librado de

un puñetazo en un ojo, aplicado de mano maestra, que le desfiguraba por completo el semblante.

Aunque á este mozo se le daba lo mismo armar una broma que una riña, no puede decirse por esto que tuviese mala condición; pero como media docena de patanes, tan bárbaros como él, le habían tomado por modelo, las personas juiciosas evitaban su encuentro, temerosas de que cometiera una salvajada. Este personaje era el galanteador de Catalina, y, según decían, la coqueta no le miraba con mala cara, por cuya razón los demás mozos le dejaron el campo libre, y el único que se atrevía á disputarle la presa era el tío Canuto, que, aunque no valiente, venía á ser un conjunto admirable de perseverancia y elasticidad, que, sin romperse nunca, cedía siempre á la más pequeña presión.

IX

Confieso ingenuamente que no sé cómo se gana el corazón de las mujeres: siempre ha sido esto para mí un enigma lleno de signos misteriosos; porque mientras unas no tienen sino un punto vulnerable, otras los tienen por docenas, y pueden cautivarse de mil modos diversos; así, pues, si el conquistar á las primeras, si el subyugar muchos corazones es triunfo que merece lauros, el conservar la posesión de las segundas, el reinar sin rivales en el pecho de una coqueta, prueba talento y habilidad nada comunes, y es la mayor de las proezas, digna por consiguiente de los honores y acatamientos que se tributan á los héroes.

A causa de las idas y venidas del tío Canuto á casa de los padres de Catalina y de sus largas pláticas con ésta, Cureña se irritó; y á pesar de su rústico carácter, no carecía de cierta dignidad, y desde luego, á imitación de los enamorados de otros tiempos, hubiera resuelto la competencia con las armas en la mano; pero no se le obscurecía que el tío Canuto, temeroso de su fuerza, rehusaría el combate, con tanto más motivo cuanto que sabía de buena tinta el propósito que ani-

maba á su rival de reventarle. Como el sistema de resistencia pasiva adoptado por el tío Canuto, por más enojoso que fuese á Cureña, no le daba ni el más mínimo pretexto para hacer una barrabasada, decidió éste vengarse del dómine atormentándole cada día con una broma pesada.

Principió la persecución por ahumarle la escuela, tapándole el cañón de la chimenea; después, Cureña y sus satélites penetraron una noche en su casa y no le dejaron títere con cabeza, lo que hizo creer al desventurado pedagogo que algún encantador lo había tomado por su cuenta, y por este estilo le jugaron muy malas pasadas, capaces de poner á prueba la paciencia de un santo.

X

Así continuaron las cosas por algún tiempo, sin producir resultado definitivo, hasta que una tarde de otoño, hallándose nuestro dómine en la escuela rodeado de muchachos, con el mango de las disciplinas cogido á manera de cetro, y la mesa cubierta de artículos prohibidos que acababa de decomisar, tales como nueces, manzanas, cañones de caña, cajas de moscas y pájaras de papel, entró un criado extraordinario del padre de Catalina para invitarlo, en nombre de su amo, á un banquete que tendría lugar en la granja al anochecer de aquel mismo día.

No bien se enteraron los chicos del objeto de la embajada, se levantaron en tropel; y arrojando los libros por alto y los bancos por el suelo, y dando voces y gritos descompasados, salieron á escape y se entregaron á los juegos propios de su edad; no hubiera hecho menos el tío Canuto á no contenerle la gravedad que requería su ministerio.

Media hora bien cumplida pasó el enamorado maestro acicalándose delante de un espejillo y cepillando la levita de ceremonia, que estaba zurcida, pelona y lustrosa por todas partes; y ya ataviado, salió en busca de un amigo suyo, regidor del Ayuntamiento, para que le prestase un caballo. A

fuer de narrador exacto, debo hacer una descripción del caballejo del tío Canuto. Era un penco de arriero, flaco, sin pelo en el lomo, con el cuello largo y recto, la cabeza en forma de martillo, escaso de crines y de cola, un si es ó no rengo; no debió faltarle mérito en su juventud, puesto que su amo le puso por nombre Relámpago, y que con él se conocía muchas leguas en contorno: era un rocín digno del tío Canuto.

Paso tras paso de la cabalgadura llegó el dómine á la hora convenida á la posesión de los padres de la bella Catalina, y pocos minutos después apareció Cureña montando un buen potro, animal, como su amo, lleno de vida y fogosidad.

Pasaron ambos rivales al comedor, donde esperaban el anfitrión y muchos amigos de los contornos, invitados galantemente como el dómine y Cureña.

XI

Nuestro pedagogo, al poner la planta en el comedor de su amigo, quedóse extasiado contemplando, no los encantos de las hermosas zagalas, sino el aspecto que ofrecía la mesa, cubierta con desusada pompa culinaria de pirámides de pastelillos, de promontorios de tortas, de grandes jamones y trozos de carne ahumada, de pavos rellenos, de gansos en salsa y gallinas asadas, todo condimentado de la manera más golosa.

Me parece excusado decir que el dómine hizo el honor debido á tan opíparo y suculento banquete; que comió sentado y de pie, pero siempre con gula insaciable; y que como su corazón se hallaba sin duda en contacto y vecindad con su estómago, á medida que éste iba llenándose, aquél se dilataba, pudiendo muy bien decirse que así como otros se alegran y achispan con el vino, el tío Canuto se emborrachaba comiendo, y entonces acariciaba su mente las más placenteras imágenes; se halagaba con la idea de ser dentro de poco tiempo dueño y señor de tantas grandezas como delante de los ojos veía desparramadas; que era suya Catalina, á pesar de Cureña y su pandilla. ¡Con cuánto deseo abando-

naría para siempre la escuela! ¡Con cuánto placer volvería la espalda á tanto tacaño protector! ¡Y con cuánto gusto echaría de su casa á puntapiés á los pedagogos errantes que cometieran la torpeza de llamarle colega!

Mientras, el viejo anfitrión, con la cara más risueña que unas pascuas, se paseaba entre los convidados y hacía los honores de la casa como Dios le daba á entender; y concluída que fué la cena, dejáronse oir los acordes de la música, invitando al baile á los convidados. La orquesta se componía de unos cuantos violines, que desafinaban á menudo.

El tío Canuto, que también tenía sus pretensiones de danzante, quiso aprovechar la ocasión que se le presentaba de oprimir el esbelto talle de Catalina, y la invitó á bailar, á lo que ella accedió inmediatamente, mientras el bárbaro de Cureña rumiaba no se qué proyectos de venganza.

Terminada que fué la danza, se acercó el tío Canuto, seguido de su rival, á un grupo donde los ancianos departían á media voz, entre bocanadas de humo, acerca de algunos episodios de la guerra de los siete siglos. Se referían anécdotas; se extremaban hazañas, hasta tal punto, que algunos, sin recordar los años transcurridos, se hacían pasar como autores de algunos hechos heroicos.

Cansados de revolver la historia, tocó el turno á las anécdotas lúgubres y á las cosas sobrenaturales que acaecían desde el anochecer en Valdormido; fué el tema principal de la reunión, y creo excusado decir que se habló largo y tendido de las correrías de *El Caballero sin cabeza,* á quien últimamente se había visto pasar á galope por las cercanías de la ermita hacía unas cuantas noches. Y por cierto que la posición aislada de la ermita se prestaba perfectamente á servir de punto de reunión á todos los espíritus inquietos de la comarca; porque asentada en una alta montaña frente al cementerio, circundada de olmos y encinas, por cuyo estrecho ramaje brillaban sus blanquísimas paredes, oyéndose á poco que anochecía el siseo de la lechuza que atravesaba de un punto á otro para volver después á su nido, este sitio parecía hecho de encargo para las congregaciones y aquelarres de brujas, trasgos, duendes y almas en pena.

Excusado me parece decir que todas estas fantásticas historias y cuentos maravillosos penetraron profundamente en el corazón del tío Canuto y de Cureña, metiéndoselos en un puño, como suele decirse, y predisponiendo sus espíritus á creer en cuantas patrañas puedan imaginarse.

Entretenidos con estas historias pasaron las horas y comenzó á disolverse la reunión; y los unos á caballo, y los otros en carros, tomaron el camino de sus respectivas viviendas, haciendo lo propio el campesino Cureña. No así el tío Canuto, quien, según la costumbre de todos los enamorados, se quedó el último para consagrar algunos momentos á la dama de sus pensamientos, que aquella noche resplandecía de hermosura. ¿Qué pasó durante una larga entrevista con Catalina, bajo la inquisitorial mirada de su madre? Lo ignoro por completo; pero nada bueno debió ser para el enamorado, puesto que apareció por la galería cariacontecido y con las orejas gachas; se dirigió á la caballeriza, despertó á puntapiés á Relámpago, colocó sobre su espina dorsal la silla, y dejándose abierta de par en par la empalizada, hizo rumbo hacia la escuela.

XII

Como sabemos, tenía necesidad para volver á su casa de pasar por el puentecillo desvencijado, viejo y peligroso por demás, en cuyas inmediaciones, según decían, solía apostarse el renombrado Caballero sin cabeza para dar sustos y sinsabores á los viajeros nocturnos.

Ahora bien: el dómine, que llevaba el alma entre los dientes por este motivo, y el corazón hecho pedazos, como se lo había puesto la ingrata y coquetísima Catalina, tiritó de frío al oir que daba la una el lejano reloj de la parroquia del pueblo. Tanta era la soledad, y tan grande y completo el silencio que reinaba aquella noche, que el tío Canuto percibía el canto de los gallos á media legua de distancia; nunca se había visto tan solo; ninguna señal de vida se advertía á su

alrededor, como no fuese el canto de algún grillo y las notas guturales de las ranas.

Viniéronsele entonces á la memoria todas las historias de fantasmas, duendes y aparecidos que poblaban su cerebro, y empezaron á desfilar delante de sus ojos. Como si quisiera ahuyentarlos, arreó dos fuertes talonazos á su rocín y avanzó más que á paso por el caminejo que conducía al puente. A un lado de la vereda se alzaba un árbol de proporciones colosales, cuyas largas y nudosas ramas se extendían á gran distancia en todas direcciones; allí, al pie de aquel árbol, fué preso uno de los héroes de aquellas historias fantásticas; y tanto el dómine como las gentes ignorantes y sencillas de la aldea le miraban con tanto respeto como superstición.

A doscientos metros del árbol corría el riachuelo que iba á perderse en lontananza, y sobre este arroyo estaba el puente. Cuando ya iba el tío Canuto á penetrar en él, percibió un ruido sospechoso, producido en las altas malezas de la orilla, como si por aquella parte viniera un jinete á galope. En efecto, al punto se le apareció una figura que creyó colosal é inmensa, informe, blanca é imponente, guarecida en un matorral, montada, al parecer, en un caballo y en actitud amenazadora. Erizósele el cabello al dómine, y tembló como un azogado al darse de narices con aquel aparecido tan á deshora. ¿Si sería el alma en pena de algún conocido? ¿Si sería el consabido caballero? ¿Qué hacer? Porque volver grupas y huir no era posible, sin exponerse á mayores peligros: á perder quizás la vida. ¿Quedarse parado? El tío Canuto no tenía corazón para estarse quieto. Recurrió, pues, al medio de todos los cobardes: á la fuga, á la vergonzosa fuga; y dando de palos á Relámpago, lo sacó casi escapado por la cenagosa ribera; pero no bien hubo hecho esto, cuando ya el aparecido lo seguía de cerca. Sin dejar de correr volvió la cabeza, y á favor de un rayo de luna que salía por entre unos árboles, pudo ver á su perseguidor, que no era otro que un hombre gigantesco; y cuán grande no fué su terror al advertir que en vez de tener la cabeza sobre los hombros, la llevaba descansando en el arzón de la silla. Ya no le quedaba duda: era el fantasma de Valdormido. Frenético, loco, lleno

[illegible] Relámpago con [illegible] y [illegible], [illegible]do la selva y el valle con desaforados gritos, sin cuidarse del camino, sino solamente de salvarse de las garras del aparecido. ¡Vano empeño! El jinete lo adelantó; y volviendo de repente su caballo, se detuvo en mitad del camino como para cortarle el paso; detúvose también Relámpago; y entonces, sacando el tío Canuto fuerzas de flaqueza, dió una gran voz, preguntándole al fantasma:

—¡Alma del otro mundo, dime, por Dios, lo que quieres!

Los ecos de las montañas vecinas repitieron las palabras del dómine, que esperó con angustia y sudor frío que le contestara.

—¿Qué quieres de mí?—volvió á gritar, en vista de su silencio, con toda la fuerza de sus pulmones.

Entonces la visión, levantando con las manos la cabeza colosal, dijo con acento medroso estas terribles palabras: «¡Soy el caballero errante de Valdormido!» Y sin dar más explicaciones, se la arrojó con suma violencia.

El tío Canuto cayó al suelo cuan largo era, no sé si á causa del golpe ó por el estado de su ánimo; se levantó inmediatamente y echó á correr en dirección inversa de la aldea, por el mismo caminejo que había traído, con la ligereza que presta el miedo, al tiempo que Relámpago atravesaba el puente con dirección al pueblo en demanda de la cuadra.

El fantasma penetró en el bosque, dió libertad á Cureña, que estaba atado á un árbol, y á quien poco antes atrapara *El Caballero sin cabeza;* y después de exigirle que ni él ni ninguno de los mozos del pueblo trataría de casarse con Catalina, lo que juró y perjuró por todos los santos y santas del cielo, y de propinarle una buena paliza por lo que le había hecho sufrir al tío Canuto, lo soltó, dirigiéndose al pueblo como un ebrio á causa de lo maduro que le había puesto el caballero errante; llegó con gran trabajo á su casa y se metió en la cama, la que no pudo abandonar hasta quince días después.

Cureña cumplió fielmente su juramento: tanto él como sus compañeros miraban á Catalina con indiferencia: la coqueta estaba desolada.

INTENTIONAL SECOND EXPOSURE

alrededor, como no fuese el canto de algún grillo y las notas guturales de las ranas.

Viniéronsele entonces á la memoria todas las historias de fantasmas, duendes y aparecidos que poblaban su cerebro, y empezaron á desfilar delante de sus ojos. Como si quisiera ahuyentarlos, arreó dos fuertes talonazos á su rocín y avanzó más que á paso por el caminejo que conducía al puente. A un lado de la vereda se alzaba un árbol de proporciones colosales, cuyas largas y nudosas ramas se extendían á gran distancia en todas direcciones; allí, al pie de aquel árbol, fué preso uno de los héroes de aquellas historias fantásticas; y tanto el dómine como las gentes ignorantes y sencillas de la aldea le miraban con tanto respeto como superstición.

A doscientos metros del árbol corría el riachuelo que iba á perderse en lontananza, y sobre este arroyo estaba el puente. Cuando ya iba el tío Canuto á penetrar en él, percibió un ruido sospechoso, producido en las altas malezas de la orilla, como si por aquella parte viniera un jinete á galope. En efecto, al punto se le apareció una figura que creyó colosal é inmensa, informe, blanca é imponente, guarecida en un matorral, montada, al parecer, en un caballo y en actitud amenazadora. Erizósele el cabello al dómine, y tembló como un azogado al darse de narices con aquel aparecido tan á deshora. ¿Si sería el alma en pena de algún conocido? ¿Si sería el consabido caballero? ¿Qué hacer? Porque volver grupas y huir no era posible, sin exponerse á mayores peligros: á perder quizás la vida. ¿Quedarse parado? El tío Canuto no tenía corazón para estarse quieto. Recurrió, pues, al medio de todos los cobardes: á la fuga, á la vergonzosa fuga; y dando de palos á Relámpago, lo sacó casi escapado por la cenagosa ribera; pero no bien hubo hecho esto, cuando ya el aparecido lo seguía de cerca. Sin dejar de correr volvió la cabeza, y á favor de un rayo de luna que salía por entre unos árboles, pudo ver á su perseguidor, que no era otro que un hombre gigantesco; y cuán grande no fué su terror al advertir que en vez de tener la cabeza sobre los hombros, la llevaba descansando en el arzón de la silla. Ya no le quedaba duda: era el fantasma de Valdormido. Frenético, loco, lleno

de espanto, obligó á Relámpago con pies y manos, atronando la selva y el valle con desaforados gritos, sin cuidarse del camino, sino solamente de salvarse de las garras del aparecido. ¡Vano empeño! El jinete lo adelantó; y volviendo de repente su caballo, se detuvo en mitad del camino como para cortarle el paso; detúvose también Relámpago; y entonces, sacando el tío Canuto fuerzas de flaqueza, dió una gran voz, preguntándole al fantasma:

—¡Alma del otro mundo, dime, por Dios, lo que quieres!

Los ecos de las montañas vecinas repitieron las palabras del dómine, que esperó con angustia y sudor frío que le contestara.

—¿Qué quieres de mí?—volvió á gritar, en vista de su silencio, con toda la fuerza de sus pulmones.

Entonces la visión, levantando con las manos la cabeza colosal, dijo con acento medroso estas terribles palabras: «¡Soy el caballero errante de Valdormido!» Y sin dar más explicaciones, se la arrojó con suma violencia.

El tío Canuto cayó al suelo cuan largo era, no sé si á causa del golpe ó por el estado de su ánimo; se levantó inmediatamente y echó á correr en dirección inversa de la aldea, por el mismo caminejo que había traído, con la ligereza que presta el miedo, al tiempo que Relámpago atravesaba el puente con dirección al pueblo en demanda de la cuadra.

El fantasma penetró en el bosque, dió libertad á Cureña, que estaba atado á un árbol, y á quien poco antes atrapara *El Caballero sin cabeza;* y después de exigirle que ni él ni ninguno de los mozos del pueblo trataría de casarse con Catalina, lo que juró y perjuró por todos los santos y santas del cielo, y de propinarle una buena paliza por lo que le había hecho sufrir al tío Canuto, lo soltó, dirigiéndose al pueblo como un ebrio á causa de lo maduro que le había puesto el caballero errante; llegó con gran trabajo á su casa y se metió en la cama, la que no pudo abandonar hasta quince días después.

Cureña cumplió fielmente su juramento: tanto él como sus compañeros miraban á Catalina con indiferencia: la coqueta estaba desolada.

Un año después supe que el tío Canuto regía una escuela en la capital; que se hallaba menos enfermo de alucinaciones, y que su posición había mejorado hasta el punto de tener una vida cómoda y tranquila.

Por más que al día siguiente encontraron los pastores la corteza de una enorme calabaza agujereada y hecha pedazos, y el sombrero del dómine abollado, los vecinos del pueblo y sus alrededores creen en la desaparición sobrenatural del tío Canuto, llevada á cabo por *El Caballero sin cabeza* de Valdormido.

Excusado me parece decir que aquella noche suplanté yo al tal caballero, y que para conseguirlo me introduje por la empalizada, durante el baile, en la granja de los padres de Catalina; puse montura y riendas al caballo, y tomando de una de las alcobas una colcha encarnada, que me sirvió de gualdrapa, y una sábana para cubrirme, ataviado de este modo esperé á orillas del caminejo la terminación de la fiesta y la llegada de los dos rivales.

Desde el anochecer podía pasearme impunemente por todas partes sin temor de tropezarme con ningún habitante de la aldea.

Y ahora que he terminado una parte de mi historia, permítanme que descanse un rato, pues me encuentro sumamente fatigado.

Nos levantamos todos, y el emigrado tomó una cabecera, que extendió delante de la chimenea; y á pesar de mis protestas y las del tío Saturno para que ocupara un lecho más cómodo, se tendió; y tapándose con una manta, nos contestó alegremente:

—¡Siempre así, y nunca peor! Desengáñense, amigos míos, todas las camas son buenas cuando se tiene sueño y una larga jornada en el cuerpo. ¡Descansad, y buenas noches!

El tío Saturno y yo nos dirigimos á nuestros respectivos aposentos, preocupados con la historia de nuestro huésped.

Me tendí sobre la cama sin desnudarme; y pensando en quién sería aquel hombre, y la parte que nos ocultaba de su vida, me quedé profundamente dormido.

XIII

Habían transcurrido unas cuatro horas, cuando el honrado tío Saturno se lanzó luera del lecho impulsado por los continuos ladridos de uno de los perros, los que denunciaban sin duda la proximidad de algún desconocido.

Atravesó por los camastros de los gañanes y pastores, que dormían á más y mejor; llegó á la cocina; dirigióse á una de las ventanas del costado izquierdo, y antes de abrirla, apagó el candil que llevaba en la mano.

Tomada esta precaución, muy natural en los que viven aislados en la sierra, la abrió sigilosamente, y á la claridad de la luna examinó la gran explanada que se extendía delante del cabañón.

A pesar de que tenía la vista cansada, creyó divisar en los primeros peñascos que daban acceso á la montaña, y que formaban una especie de faja en la explanada, unos bultos que se movían en distintas direcciones, como si buscasen un objeto que se les hubiera extraviado.

El tío Saturno abandonó la ventana; dirigióse á la habitación donde descansaba el hijo de su amo; se aproximó al lecho; le movió suavemente, y cuando abrió los ojos, le dijo:

—Levántese usté, señorito, que tenemos que observar lo que jacen unos fantasmas, y á mí la vista no me alcanza lo suficiente.

—Pero ¿qué sucede?—le pregunté aún medio dormido.

El tío Saturno se puso un dedo sobre los labios indicándome que guardara silencio, al propio tiempo que me hacía señas de que le siguiese.

Despabilado por completo, me levanté de un salto, y guiándonos por el escaso resplandor de la lumbre de la chimenea, penetramos en la cocina; yo me dirigí al rincón donde antes dejara mi canana y escopeta. Ambas habían desaparecido.

—¿Dónde ha puesto Ud. mis arreos de caza?—le pregunté al tío Saturno.

—No recuerdo en este momento si los he llevao á mi cuar-

to; pero por si jase falta, coja usté mi escopeta, que está colgá de un clavo en la pared y cargada como Dios manda.

Armado con la del tío Saturno, me acerqué á la ventana, mientras éste me decía:

—Miré usté en dirección al sendero por donde ha venío esta tarde, por si descubre unos bultos que se mueven en distintas direcciones.

—No se ha equivocado Ud., tío Saturno; son dos hombres que, con las escopetas preparadas, registran los primeros peñascos de los montes como si tratasen de descubrir á alguno que se hubiese ocultado.

—Pues no los pierda su mercé de vista, por si están jasiendo una estratagema mientras otros intentan robar los corderos aprovechando el sueño de los pastores.

—Como esos hombres traigan esa intención, yo le aseguro que el primero que se acerque da una voltereta en el aire, sin saber por dónde le ha venido el escopetazo.

—Tenga usté calma, nostramo, no sea que cometamos una barbaridad por andar demasiado súpitos.

—Pues no crea Ud. que esos hombres tienen buenas intenciones, puesto que llevan afianzadas las escopetas y en disposición de hacer fuego apenas descubran lo que buscan.

—No tendrá ná de particular que así sucea, porque ya sabe usté que en la sierra se ocultan muchos ladrones sueltos que viven de la rapiña, y que por envidia unos de otros se cazan como fieras, sin ponérseles nada por delante.

—Lo que es menester—dije yo—que sigan siempre lo mismo, única manera de que se destruyan y de que los hombres honrados puedan vivir en estos desiertos, ya que nadie se cuida de ampararlos.

—Casi nos sale mejor la cuenta; porque las compañías de provinciales no jasen otra cosa que comernos un costao cuando vienen en persecución de bandidos, de los que siempre juyen, viéndonos después precisaos á ponerles buena cara á los ladrones y á darles cuanto necesitan.

—Mire Ud., tío Saturno, y Dios me perdone, pero á mí me son mucho más simpáticos los buenos mozos que la tropa; y si yo fuera como Ud., mayoral, ampararía mejor á los pri-

meros que á los segundos, porque éstos entran en todas partes como país conquistado, y tratan á las gentes con un despotismo que irrita la sangre.

—Oiga usté, mi amo, y perdone: no se distraiga con la conversación y pierda de vista á esos tunantes, no jaga el demonio que nos jueguen una mala pasada.

—Mire Ud. la manera que tengo de distraerme, que ahora mismo están frente por frente de la ventana; y si no fuera porque permanecen en la sombra que en esa parte hace la luna, ya me hubiera yo enterado de sus personas, y quizás supiéramos á qué atenernos.

—Pues cosa güena no pué ser; porque á estas horas dos hombres registrando los breñales, se me figuran asesinos persiguiendo á un inocente.

—Yo no estoy tan enterado como Ud. de estas cosas, ni puedo tampoco adivinar el pensamiento de esos tunantes; pero sí le digo que tengo unas ganas de meterles un tiro.....

—¡Calma, por Dios, mi amo!—dijo interrumpiéndome el tío Saturno.—El que espera un rato, mejor puede aguardar cinco minutos; la cosa no pué prolongarse, porque poco después del sitio que me indica, terminan los peñascos, y, por consecuencia, también debe terminar el ojeo.

—Mucho me alegraré que así suceda, porque de lo contrario se me va acabando la paciencia, y les hago fuego aunque sea la misma justicia en persona.

—Espere usté, señorito, á que yo le avise.

—Bien; me resigno, porque es Ud. quien me lo manda.

—Aquí no manda nadie más que su mercé, y le suplico que ahora no pierda ninguno de sus movimientos.

—Descuide Ud., tío Saturno, que no se me escapa uno solo.

—¿Qué jasen agora?

—Se acercan, casi juntos, con pasos recelosos, á las últimas breñas, que, por lo altas, pueden ocultar perfectamente un hombre.

—Entonces hemos llegao al desenlace.

—¿Y en qué se funda Ud., tío Saturno?

—Sencillamente en que si perseguían á uno y no han perdío la pista, tienen que encontrarse con él, ó de lo contra-

rio se les ha escabullío, terminando con esto sus pesquisas.

—Tendría un verdadero placer si hubiera sido tan listo que, después de tanto buscar, los dejara con un palmo de narices.

—No lo creo fácil—dijo el tío Saturno,—porque está mú clara la noche, y casi me parece imposible el que haya podío trasconejarse.

En aquel momento resonaron casi simultáneamente dos tiros.

A las detonaciones siguieron un grito y un aullido, y se sintió en el silencio de la noche la caída de dos cuerpos sobre las peñas.

—¿Qué ha sucedío?—preguntó con sumo interés el tío Saturno.

—¡Casi nada!—contesté con alegría;—que el perseguido esperaba sin duda que se reuniesen un tanto sus perseguidores para hacer lo que nosotros los cazadores llamamos *carambola,* que consiste en matar á un tiempo dos piezas desunidas; y nuestro hombre apareció de pronto con la escopeta echada á la cara; hizo fuego con los dos cañones casi al mismo tiempo, y los ha rematado como si fueran un par de conejos.

—Pues mire usté, sea quien fuere ese hombre, demuestra tener valor y sereniá.

—¡Caracoles!—exclamé llenó de admiración;—pues si el perseguido, es decir, el matador, no es otro que nuestro huésped el emigrado; ahora le veo perfectamente saltar de breña en breña como un gamo con su morralillo á la espalda y desaparecer por lo alto de la sierra.

—Agora me parece, con perdón sea dicho, que su mercé está viendo visiones como los vecinos de Valdormío.

Y al mismo tiempo que el tío Saturno me echaba esta filípica, encendía el candil con la lumbre de la chimenea y retiraba la manta del petate, que parecía marcar debajo el cuerpo de un hombre.

No había nadie.

—¿Pues por dónde sa díó?—preguntó un tanto receloso el tío Saturno;—porque la puerta está tan atrancá como yo la dejé al cerrarla.

—Es indudable que se ha marchado por la ventana; pero me ocurre una cosa: Ud. conoce la gente buena y mala que se alberga en la sierra, y nada perderíamos con reconocer á los muertos, á ver si podemos sacar en consecuencia algo en limpio acerca de nuestro misterioso huésped.

—Por mí no quede—dijo el tío Saturno;—andando, que yo también tengo mi miajita de curiosiá, y no poco deseo de que se ponga en claro lo que ha pasao aquí esta noche.

Y, abriendo la puerta, atravesamos la explanada, llegando á poco á los breñales.

Cerca de una peña próxima al sitio en que había estado oculto nuestro huésped, se hallaba tendido, en posición supina, un hombre alto, grueso, de semblante curtido por el aire de la sierra, y cubierto su cuerpo por un traje de pana, de buen corte, que denunciaba á todas luces la persona decente y de gusto exquisito.

Había recibido el balazo en la frente, destrozándole el cráneo; y la muerte debió ser instantánea, puesto que sus manos, crispadas, empuñaban una magnífica escopeta de caza de dos cañones.

El tío Saturno, después de examinarle, se acercó al otro, que también estaba muerto sobre un charco de sangre á causa de la hemorragia que le había producido el proyectil al atravesarle el corazón.

—Este hombre—dijo dirigiéndose á mí—es indudable que pisa por primera y única vez la sierra: así lo demuestra la blancura de su semblante y el traje que viste, sin rozaduras de los peñascos y sin desgarrones, de los que uno no se ve libre á causa de los zarzales y espinos de que está poblá la sierra.

—Eso significa claramente que Ud. no le conoce.

—Usté lo ha dicho, mi amo; pero le aseguro, sin temor de equivocarme, que es vecino de Córdoba, de aonde ha venío jace pocas horas.

—No lo dudo; pero aunque así sea, nada nos aclara de lo que pretendemos averiguar. ¿Y tampoco sabe nada de ese otro, que parece una persona decente?

—En sus güenos tiempos sería lo que Dios quisiera, pero

agora era un *peje* de mar ancha, con más agallas que un tiburón.

—Dígame cuanto sepa, que estoy impaciente y deseando que salgan las palabras de su boca.

—Pues, como iba diciendo, jace ya unos cuantos años que apareció en la sierra un tunante, á quien se le conocía por el *Cazador furtivo;* pero á tó se dedicaba menos á la caza; asesino por instinto y de malos sentimientos, gozaba derramando sangre, atropellando mujeres é incendiando las cabañas de los pastores que cogía desprevenidos ó durmiendo, llegando su infamia hasta el punto de haber degollado á dos niños del tío Tomás el de los Quejigales por no haber querido éste recibirle una noche en su cabaña.

—¿Y cómo los valientes montañeses no han dado muerte á esa fiera?

—Porque todos ignorábamos que él fuera el autor de tantas desdichas, jasta que nos dió aviso una pobre mujer, que escapó de sus garras después de dos meses de secuestro.

—Entonces no merecía tan buena muerte como le han dado.

—Ni tampoco el que yo me tome el trabajo de enterrarle cuando amanezca, pues debía dejarle que se lo comieran los lobos y las aves de rapiña; pero soy cristiano y cumpliré con esta obra de caridad.

—Como Ud. quiera, tío Saturno; y ya que nada hacemos, ni conseguimos aclarar las tinieblas que rodean al emigrado, volvamos al cabañón, que el frío aprieta y se me va paralizando la sangre.

De regreso en la cocina, mis ojos tropezaron con una hoja de papel arrancada de una cartera, en la que estaban escritas estas palabras:

«No hagan comentarios de mal género porque me he llevado la canana y la escopeta; volveré cuando pueda y daré toda clase de explicaciones.»

Del emigrado sólo quedaba en la cocina su nudoso y enorme garrote.

FIN